

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Con ser las represiones centralistas ejercidas contra los ciudadanos sin Estado absolutamente brutales y salvajes, nunca llegan o llegaron a darse tan frías, asépticas y crueles como la decisión que tomó Nicolai Ceaușescu para deshacerse de la minoría húngara en Rumanía.

El fantasma del conde Drácula

LA POLÍTICA que pretendió imponer en Transilvania el dictador rumano Ceaușescu, y que realizó en parte, no sólo atentaba contra los más elementales derechos de las personas, sino que era también un agravio al patrimonio social y cultural de una numerosa comunidad. La decisión de destruir centenares de pueblos habitados por la minoría húngara –más de dos millones de habitantes que ocupaban la mitad del territorio transilvano– carecía de toda justificación razonable, y fue condenada unánimemente por la Organización de Naciones Unidas y también por la Unesco.

Era un puro disparate afirmar, como hizo Ceaușescu, que los antiguos y valiosos núcleos urbanos de aquellos pueblos ocupaban buena parte de la mejor tierra cultivable de la región, que arrasándolos se recuperaría mucho terreno fértil, y que la minoría húngara que los habitaba viviría mejor en nuevos asentamientos mayores, agrupada en ciudades de nueva planta, con más comodidades, y en las que podría dedicarse a realizar trabajos más rentables, racionales, atractivos y modernos. Detrás de toda esa fraseología sin sentido se mal ocultaba la finalidad de dispersar primero y de asimilar después a la minoría húngara dentro del Estado rumano.

Los problemas de las naciones sin Estado se han vuelto a agudizar en las últimas décadas, y no sólo en el llamado mundo libre con las aspiraciones de minorías vascas, corsas, bretonas o irlandesas del norte; en Yugoslavia estamos viendo estos días las pugnas de eslovenos, croatas, montenegrinos, bosnio-herzegovinos y macedonios contra los serbios, más los albaneses de Kosovo y los húngaros de Voivodina; y en la CEI, antes URSS, una vez independizadas Estonia,

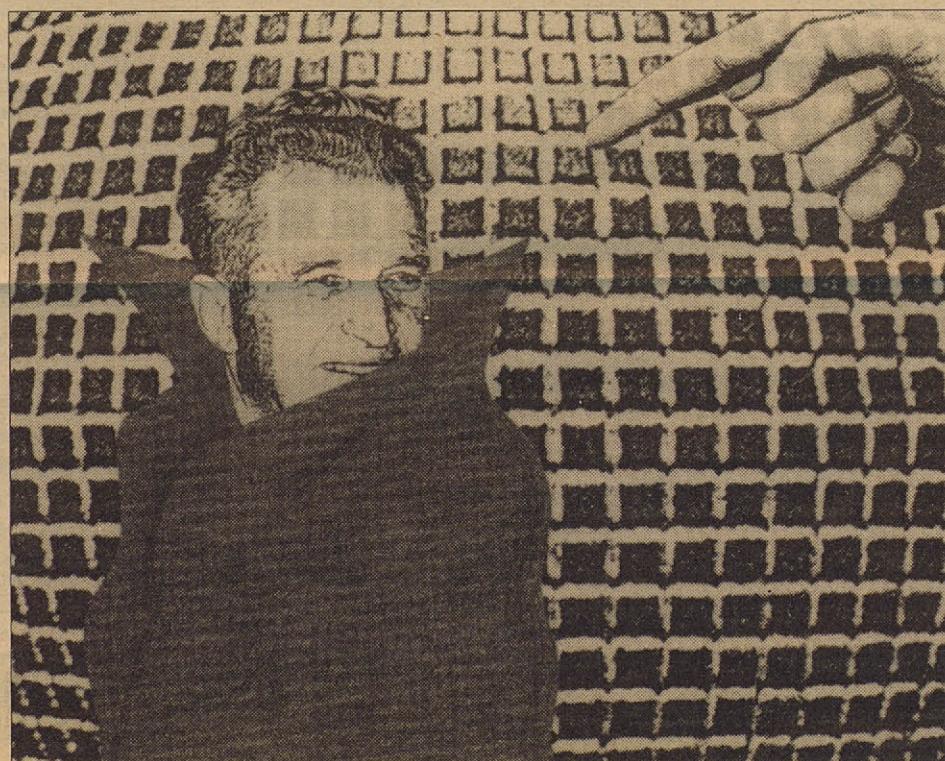
Letonia, Lituania, ahora Armenia y Georgia están en las primeras páginas de toda la prensa mundial, cosa que no ocurre con el derrotado Irak con su política de eliminar a los kurdos y a los shíes. Vaya por Dios.

Con ser las represiones centralistas contra los ciudadanos sin Estado muy brutales y salvajes, nunca llegan o llegaron a darse tan frías, asépticas y crueles como la decisión que tomó Ceaușescu para deshacerse de la minoría húngara.

Transilvania, el “país de más allá de los bosques” que es lo que su nombre significa, es una región muy fértil y hermosa que ha sufrido todo tipo de invasiones a lo largo de su historia. Está situada en

el interior del gran arco que forman los montes Cárpatos y presenta una topografía en la que se alternan las colinas boscosas y de pasto, muy apropiadas para la ganadería, con las mesetas bajas, óptimas para el cultivo de cereales, frutales, productos de la huerta y también viñas, que producen el mejor vino del este europeo.

Habitada desde antes de nuestra era por los dacios, fue conquistada y sometida tardíamente por Roma. Y cuando el Imperio comenzó a decaer a fines del siglo III, la región se vio ocupada, sucesivamente, por los godos, los hunos, los gépidas, los ávaros, los eslavos y los sajones de habla alemana. Los ávaros acabaron imponiéndose, pero al debilitarse su co-



EL SOL/Nacho Ordás

hesión, los húngaros se fueron asentando en Transilvania entre los siglos IX y XI.

Esteban I, rey de Hungría, dividió la región en siete *comitatos*, bajo la autoridad de un *voivoda*. Una posterior invasión turca propició la formación del Principado de Transilvania, que abarcaba toda la región más gran parte de la actual Hungría; este principado estaba sometido al control otomano.

Los antepasados de los rumanos, llamados valacos, no llegaron a Transilvania hasta el siglo XIII, y se asentaron allí pacíficamente, trabajando como agricultores y pastores, ocupando parte de las zonas montañosas y de los prados altos.

Para mala suerte de los húngaros de Transilvania, el despertar de la conciencia nacional y expansionista del pueblo rumano, provocó que la región fuese codiciada por ellos. Existía ya un pequeño reino rumano a fines del siglo XIX, asentado en el sur de los Cárpatos, pero después de la Primera Guerra mundial, y por estar Hungría en el bando de los perdedores junto a Alemania y Austria, justificó que Rumanía se anexionara toda Transilvania. Y esta situación no varió después de la Segunda Guerra Mundial, que afectó a Rumanía en sus fronteras con la Unión Soviética, en Moldavia, pero que respetó su dominio transilvano, minoría húngara incluida.

Históricamente, y pese a convivir rumanos y húngaros durante más de seis siglos, nunca hubo en Transilvania enfrentamientos graves entre ambas comunidades. Fue la insensata política de asimilación, mediante la dispersión, de la minoría húngara, que comenzó a llevar a cabo Ceaușescu, la que ha traído problemas en la región.

Después de la rebelión anticomunista y de la muerte de Ceaușescu, el nuevo Gobierno, surgido de los escombros de la más corrompida dictadura que pueda imaginarse, trata de resolver los problemas más urgentes. Pero muy pronto tendrá que abordar la situación de la minoría húngara. El fantasma del conde Drácula o el alma en pena de Ceaușescu, parece que esté sobrevolando la bellísima y desgraciada Transilvania.